



SANTA MARÍA LA BLANCA (TOLEDO).



CUADRO DE LUIS GRANER.





## NAVIDAD

MORÍAN el año y la vieja sociedad romana. La corrupción, engendradora por miles de victorias, acababa con ésta; el frío que reina en los espacios inhabitados terminaba los días de aquél. Las energías del verano se habían agotado. El otoño se encargó de despojar árboles y plantas de sus verdes vestiduras. La savia no ascendía por las ramillas, y apenas si el grueso tronco sentía su palpación. La actividad de los hombres había decrecido. Las noches eran larguísimas. Parecía haberse entrado en el reino de la muerte. El sol fulguraba entre brumas, y sus rayos, que despedían una luz mortecina, no prestaban calor.

Los hombres del mundo civilizado se afanaban para volver al salvajismo. El arte, llevado a su más alto grado de esplendor por los griegos, moría á chorros; no podía resistir la oleada de la extravagancia. Las curvas se convertían en rectas. La turgencia desaparecía bajo el plano. La vida, hija de las curvas, se agotaba herida por los ángulos. La corrupción administrativa era grande. El Senado entero se vendía por un puñado de sextercios. Los Emperadores, apenas aparecidos, estaban á merced de sus legiones. Las mujeres no querían ser madres. La maternidad las asustaba y repugnaba. Los hombres no querían comercio con mujeres, y á tal extremo llegó el culto del celibato, que hubo que dictar leyes contra él. La pérdida de la fortuna no hacía renacer la fecundidad. Los dioses tenían templos; pero no un santuario en ningún corazón. Las ofrendas abundaban por pura ostentación é hipocresía; los mármoles, los jaspes, el oro, los diamantes y las perlas, fulguraban en las aras; pero hacia los dioses no se elevaban preces. No había quien esperara milagros. La fe no curaba ninguna herida. Los esclavos aborrecían de muerte al patricio; el señor despreciaba á los esclavos. Los mercaderes explotaban á unos y otros. Júpiter no lanzaba rayos; Minerva no aconsejaba á los hombres; Venus había visto pervertir su culto. Se marchaba al azar, porque nadie veía un faro, que indicara el camino que había que seguir.

Los hombres desconfiaban de los hombres. Cordialmente se odiaban explotadores y explotados; vencedores y vencidos. La filosofía agonizaba; la verdad no aparecía por lado alguno. Y á cada año que moría, parecía que se escuchaba el *miserere* entonado por la humanidad á las fuerzas perdidas, á las ilusiones que no nacían de los cerebros secos, al santo dolor de la fraternidad que ya no inflamaba las almas, á las creencias desaparecidas, á la misma vida que se estrechaba en lo profundo de las entrañas, como se estreche el mundo sacudido por el terremoto que sepulta ciudades y selvas, hombres y árboles.

Los pobres, los miserables, los ignorantes, los simples de corazón, no hallaban amparo ni apoyo en parte alguna. Los ricos, los afortunados, les

arrojaban de su lado, sin tener en cuenta que aquellos seres eran hermanos suyos, hombres que soportaban el exceso de carga que ellos, egoístas, sacudían de sus hombros.

Por todos lados y á cada punto nacían nuevas religiones. Ninguna se atrevía á abominar de lo existente. No había una voz que osara clamar en favor de la justicia; que se elevara pidiendo la igualdad y el amor que deben reinar entre los hombres.

¿Cúya es esa voz ferviente que devuelve la esperanza á los desesperados, que promete la vida eterna á los infelices, que afirma que los poderosos deben humillarse y levantarse los caídos, y ser entre todos felices aquellos que han padecido persecuciones de la patria?

No solamente renace la esperanza en los corazones, sino que surge el día de las tinieblas de la noche. En Navidad, el sol alumbra ya durante mayor espacio de tiempo los campos cubiertos de nieve; las semillas despiertan en el seno de la Tierra dormida; se acaban las amarguras del año que fenece, y se olvidan á la luz de fe del año que nace. Y con la vida universal ha brotado una nueva Vida. El Hombre-Dios ha hablado, y su voz es bálsamo que cicatriza las heridas, triaca que destruye los efectos del veneno, belemn que presta sueño al espíritu inquieto y acosado por los fantasmas de la vigilia, casi eterna, que emponzoñaba las noches de los hombres. Los miserables saben por primera vez que valen tanto como los poderosos; la igualdad y la fraternidad aparecen por primera vez en el mundo; la voz que viene de lo alto enseña á los mortales la caridad sin precedentes, el perdón de las injurias, la resignación ante el dolor, y afirma á los fuertes que sólo lo son porque los débiles se avienen á obedecerles.

Navidad no es sólo la resurrección de los tiempos; significa más: con Jesucristo no renace una época, sino el mundo entero. En la Navidad suprema, no solamente trabajaron en el seno de la tierra las fuerzas naturales, adormecidas por el invierno, sino que en el fondo de las entrañas de los hombres renacieron las fuerzas nobles y puras que arrancan de las raíces mismas de la vida: amor, bondad, trabajo y justicia.

Cuando la humanidad conmemora el aniversario de la Navidad Santa, es cuando los hombres deben recordar las santas doctrinas de El que nació en tal día. Esperemos que otras Navidades llegarán, prósperas y henchidas de esperanzas. Y entre tanto, fervientes y creyentes, veneremos siempre al que primero dijo: «Soy la Resurrección y la Vida; el que vive en Mí vivirá aunque haya muerto; y el que vive en Mí, está seguro de vivir eternamente.»

A. RIERA



## MARÍA BARRIENTOS

La distinguida artista á quien consagramos esta página, puede vanagloriarse, con legítimo orgullo, de ser acaso la que en más temprana edad ha conquistado el envidiable título de primera tiple de ópera.

Contaba solamente quince años cuando su profesor, en nuestro Conservatorio de música, el malogrado maestro don Francisco Bonet, presentó al público barcelonés, en la escena de Novedades.

De la ovación que aquella noche se la tributó guardan todavía gratos recuerdos los amantes del divino arte, quienes vieron desde luego en la tierna niña una esperanza, convertida bien pronto en realidad.

La prensa local, que no suele prodigar elogios si no son muy merecidos, se hizo solidaria del triunfo conseguido por la debutante, dedicándole, á medida que se hizo cargo de su valer, sueltos tan encomiásticos como los que á continuación reproducimos, y que una feliz oportunidad ha puesto en nuestras manos:

«Desde el día de su debut, María Barrientos ha ido de éxito en éxito, y así seguirá indudablemente, porque no es una artista que ha aprendido un número de óperas, gracias á los esfuerzos del maestro, sino que tiene vastos conocimientos musicales que la permiten imponerse de su partichela la primera lectura.

En esta capital cursó y terminó brillantemente los estudios de solfeo, piano, canto y composición, así como los del violín, que, sin embargo, no cultivó luego con la asiduidad que el piano y sobre todo el canto.

Dió á conocer sus grandes cualidades, con entera competencia, penetrada de la clase y el valor de la música que cantaba, así como de todos los recursos para la emisión de la voz, al modo y en la forma que quería. Artista ilustrada, además de inspirada, bien pronto echaron de ver los inteligentes que no sólo poseía una voz hermosísima, extensa y suficientemente voluminosa, atendida su edad, sino una perfecta escuela de canto, excelente tonalidad y elegante portamento, dando á cada nota su propio valor y luciendo su ingenio, al par que su agilidad portentosa, en las difíciles fermatas, que, si permiten al artista libertades de vocalización, exigen, en cambio, homogeneidad entre el corte de las mismas y el carácter de la partitura, de modo que enriquezcan la armonía del conjunto.

No es, pues, de extrañar que á la señorita Barrientos se la proclamara, al aparecer en las tablas, artista de grandes alicientes, destinada á un brillante porvenir. Los que la admiraron en el primer día vieron pronto confirmadas sus halagüeñas esperanzas, con el brillante resultado de la campaña que poco después—en el verano último—emprendió la diva en el teatro Lírico, donde cantó *La Sonámbula*, *Lucia*, *Rigoletto*, *Dinorah*, *Il Barbiere*, *I Puritani* y alguna otra ópera, con aplauso general del público y de la crítica, contándose por llenos las representaciones en el vasto coliseo. Extendióse y consolidóse de tal manera su reputación, que la noche dedicada á su beneficio fué noche de gloria para la simpática cantante, no sólo por el inmenso concurso que la aplaudió, sino por la calidad de los espectadores; muchos de los cuales quisieron testimoniarla su admiración ofreciéndola valiosos regalos.

El nombre de María Barrientos es ya uno de los mejores alicientes de un cartel, como lo prueban las frecuentes proposiciones que recibe de empresas españolas y extranjeras.

Se reserva bastante, y en ello muestra ser discreta; pues sobrados años le quedan para entregarse por entero á las fatigas del teatro, no por gloriosas, menos aniquiladoras.

Amantes del esplendor artístico de nuestra tierra, consignamos con satisfacción que María Barrientos es una de sus legítimas glorias.

«Su gran afición al estudio sorprende á cuantos la conocen y tratan en familia; al tomar una obra nueva para estudiarla en su casa, lo hace con verdadero delirio; lo mismo estudia y aprende su parte, que todas las demás de la obra.

La señorita María Barrientos posee una garganta sin igual para las agilidades, fermatas de efecto, picaditos y *fioriture*; todas esas condiciones, unidas á un perfecto estilo en la emisión de la voz, fresquísima, dulce y de relativa potencia á su edad.»

Posteriormente, sus campañas artísticas en el Lírico, Liceo y Novedades, de Barcelona, y en el Circo de Apolo de Valencia, han sido brillantes, acreditándola de verdadera notabilidad.

¿Cómo no, si para ella no hay dificultades de vocalización, y las óperas ligeras pruébanle ocasión de trinar como un ruiseñor, encantando al auditorio con aquel derroche de afligranados tonos y aquel dominio tan completo de su privilegiada garganta!

Sus principales triunfos se los ha proporcionado *Sonámbula*, *Rigoletto*, *Lucia de Lammermoor*, *Barbiere*, *Traviata*, *Mignon* y *Lakmé*.

Recientes están todavía y revolotean aún por la sala de Novedades

los entusiastas aplausos con que era agasajada cada noche en la representación de esta última ópera, y dignos de mención especial los que en compañía de la Berlendi, oyó cantando el *Mignon*, uno de los éxitos más grandes que hemos presenciado.

María Barrientos, que en la actualidad frisa en los dieciocho (1), tiene un porvenir hermosísimo: la naturaleza dotóla de cualidades extraordinarias, y la gloria le señala un sitio entre las *divas* más notables.



MARÍA BARRIENTOS, EN LA ÓPERA «LAKMÉ». *Fot. Espigas.*

Hace pocos días salió para Milán, contratada por la empresa del Teatro Lírico. Allí pasará el invierno, siendo casi seguro que al finalizar la temporada, se embarque para las Repúblicas Americanas, aceptando alguno de los ventajosos ajustes que la fama de su mérito le ha deparado.

No dudamos que en el extranjero la dispensarán la misma favorable acogida que en su patria, pues el oro de ley es apreciado en todas partes; y hacemos fervientes votos porque así sea, cosechando á su paso la honra y provecho que su talento y aplicación merecen!

\*\*\*



# CASTELAR Y EL ARTE

(Conclusión).

»Una de las más duras condiciones del pueblo es el verse privado del Arte, de ese alivio de nuestra vida. Clavé quiso llevar el Arte hasta su triste obscuridad, y lo ha conseguido...»

«No me habléis de esas sabias combinaciones místicas con que el talento matemático de los artistas del Norte concuerda tantos tonos discordes y combina tan bien instrumentos diversos en sus maravillosas sinfonías; hijo de mi patria y de mi raza, con los oídos organizados como el heleno antiguo y el moderno semita, solamente alcanzo á comprender la melodía, monótona y uniforme si queréis, semejante al sonido del aire en los desiertos, al eco de las ondas en las playas, á los trenos del profeta en Jerusalén y á los acentos de la guzla en la tienda; sí, la melodía llamada malagueña, polo, playera, saeta, que canta las tristezas y los deliquios de un amor inefable, el cual cree corta la vida para su duración, estrecho el Universo á su grandeza, y desea, en el dolor engendrado por el combate entre el sentimiento y su expresión, explayarse allá en los espacios necesarios á su intensidad inmortal, allende la tumba, en lo infinito y en lo eterno. Y no me digáis que se debe bailar casta y noblemente allí donde no baila el pueblo al son de esa jota que enardece la sangre y da el vértigo de los rápidos y contenidos movimientos; al son de esa muñeira y de ese zortico que recoge los ecos de la zampona en las majadas y en los oteros como ninguna otra égloga; al son de esa guitarra, acompañada por las palmas y las castañuelas, que despierta á la andaluza de su natural soñarrera y la lanza sobre la mesa, en que campean las cañas rebosantes de Manzanilla y Jerez, á bailar, echada hacia atrás la cabeza, alzados los brazos al cielo, estáticos los negros ojos que abrasan, ligeros los breves pies como el aire, á bailar uno de esos jaleos á cuyas cadencias y estrechamientos suspenden allá arriba, de celos y de envidia aquejadas, sus parabólicas eternas danzas las estrellas.»

No obstante lo dicho del divino arte y de su jerarquía entre la familia apolina, Castelar un día le puso á la cola... para hacer un poco de política. Verdad es que el maestro Barbieri le tentó al decir que él era monárquico porque la batuta se le aparecía como un cetro, ya que, merced á ella, se mantiene la armonía en una orquesta, como merced al cetro se mantiene el orden del Estado. «Me ha dado usted la explicación, replicábele Castelar, de por qué es la música la más inferior de las Bellas Artes. ¡Necesita de cetro! En cambio ¡ya ve usted!, la más elevada manifestación del Arte, la literatura, no necesita de cetro alguno. Por eso siempre se ha dicho, y se dirá, la república de las letras.»

Esto de querer que el Arte lleve corona monárquica ó gorro frigio republicano, me recuerda aquel matemático, hábilmente ideado por Schopenhauer, á quien le causaba natural extrañeza la pregunta de si un triángulo es verde ó rojo.

LA POESÍA. — «Si el Arte es necesario en el hombre considerado como individuo, ¿no ha de ser necesario en la sociedad? ¿Qué es la sociedad? La sociedad es un individuo superior, colectivo, verdadero, real, que tiene su razón propia, su sentimiento, su derecho, su fantasía, su Arte. Y así como el hombre en sus obras de Arte deposita lo más subjetivo, lo más esencial, lo más íntimo y propio de su naturaleza, así también la sociedad en su literatura deja los pensamientos más hondos, más secretos, los tesoros más verdadera de la vida. Si desapareciera Platón, aún podríamos conocer á Grecia, pero no la podríamos conocer si desapareciera Homero...»

En su memorable discurso de recepción en la Academia Española, habló del gran manantial de poesía contenido en nuestra edad de progreso. Por ejemplo, «los adelantos científicos, lejos de dañar el aspecto poético de nuestro cielo, lo han desmesuradamente engrandecido y abrigado.» Lo propio ocurre con el conocimiento de la Naturaleza; «á medida que la idea de de ésta crece en la inteligencia, el sentimiento de la Naturaleza crece en el corazón; y á medida que el sentimiento de la naturaleza crece en el corazón, la poesía de la Naturaleza crece en las imaginaciones.» Como hay una ciencia moderna de la Naturaleza mayor que la antigua ciencia, habrá una poesía mayor que la antigua poesía. Y como tenemos un concepto del trabajo superior al antiguo concepto, tendremos una leyenda ó una epopeya de los trabajadores, superior á las antiguas leyendas y á las antiguas epopeyas de las conquistas y de las guerras.»

Terminó declarando «que como creía superior el concepto de la Naturaleza y del Estado y del Arte en nuestro tiempo, al concepto que tenían los siglos anteriores, creía superior también el concepto de la religión.»

Todo lo dicho no era obstáculo á que quisiera el poeta creyente, ángel del bien, no soldado del mal: «Yo busco siempre en el corazón del poeta un santuario donde guarecerme, para huir de la sociedad y del mundo; le pido palabras para hablar á Dios; le ruego que me levante en sus alas sobre las tempestades y me lleve á mirar frente á frente el sol de la verdad. Para andar por este bajo suelo no le necesito. Yo quiero que el poeta apague la sed de lo infinito que me abrasa. Por eso desde niño he amado al Dante, á Calderón, á Lamartine, á todos los que me hablan de mi patria, que yo, aunque pobre y miserable, conozco ser el cielo. Klopstock será por mí bendecido todos los días; si alguna vez la luz de mí fe temblara, la revivirán sus versos... Los ángeles del Nuevo Testamento han descendido del cielo, invocados por sus poderosos acentos... Pero vosotros, poetas de la duda, vosotros me parecéis siempre aves nocturnas. Encendéis la luz en las cavernas, la luz que vuestras almas habían bebido de Dios. Yo no conozco poder más grande que el poder del poeta; por eso me duele que su voz se pierda en el vacío ó que se consagre al mal.» El poeta que él busca, que él quiere, ya lo ha descrito; «pero hay un sér

superior al poeta, más sensible, más inteligente, más poeta, si cabe hablar así, la poeta.»

Bien conocida es, para que yo prolongue estos ejemplos, harto numerosos ya, la atención dedicada á Byron, á Tasso, á Virgilio, á Ovidio y á Lucano, así como su simpatía por las literaturas regionales, á las cuales entonó un himno de alabanzas, especialmente á la catalana, en la cátedra del Ateneo de Barcelona.

«Os acordáis de la iniciativa por él tomada, para que las Cortes españolas acordaran una pensión vitalicia para el poeta Zorrilla? Bien cuadrarán aquí algunos de los conceptos con que apoyaba su proposición, el 14 de Julio de 1883.»

«Votemos, señores diputados, votemos unánimes una pensión al inmortal Zorrilla. El Estado no se compone sólo del ejército, del clero, de la marina, de las clases burocráticas, nó; se compone también, y más esencialmente, de aquellos que contribuyen á cultivar el ideal...»

«Débense estas pensiones á glorias incontestadas é incontestables, débense decretar, no ya como recompensa del mérito esclarecido, nó; como un estímulo al mérito que se dibuja en el horizonte del porvenir...»

«Así como en cierto tiempo hubo poetas de la corte, preciso es que haya hoy poetas que se llamen poetas de las naciones.»

«Yo compadezco muy de veras á aquel que no siente resonar en sus oídos las cuartetos de *La Tempestad*, cuando resuena el trueno en los espacios; yo compadezco sentidamente á aquel que llegando á Toledo, no vaya á contemplar el Cristo de la Vega, con la mano todavía bajada para testificar en la cuestión de aquellos legendarios amores; yo compadezco al que no ve en los machones de aquel puente los Baños de la Cava todavía viviente, y no recuerda las grandes estrofas de la rota del Guadalete; yo compadezco al que no ve en Granada, en Sierra Nevada ó en la Alpujarra, cuando el sol se pone tras las montañas de Loja ó tras los alcatados de la Alhambra, el poema de la reconquista nacional, que se dilata de tal suerte que luego descubre nuevos mundos; y si hubiese sido posible, aquellos héroes engrandecidos por Zorrilla, hubieran conquistado hasta las estrellas del cielo.»

Cita la protección dada por los soberanos ó por el Estado á Putschkin, á Lamartine y á Tennyson...

«Y nosotros, ¿qué proponemos? Proponemos para Zorrilla, que tiene un poco desequilibrado su presupuesto doméstico, lo que concedéis á los Ministros que desequilibran el presupuesto nacional... Es indispensable que nosotros demos á Zorrilla que no en vano se vive para las glorias nacionales, cantándolas en tan divinos versos: que cada vez que nuestra memoria los repite, esos versos continúen algo que se identifica con el espíritu inmortal de nuestra patria... Si Zorrilla fuese un hombre de ahorro, de economía, de previsión, no sería poeta. Sabido es que cuando Dios creó el mundo les entregó á unos hombres campos, á otros ganados, á otros cabañas, á otros fábricas y artefactos, y al pobre poeta le entregó el espacio azul, donde no hay nada que comer.»

Cuando un hombre público conoce así el Arte, cuando un legislador ó un gobernante así lo siente, la protección del mismo y de sus cultivadores no es dudosa, su enseñanza y su premio tienen fundadas garantías. El Arte, pasa á ser entonces un complemento de la nación, un astro de un sistema educativo, no un aerolito errante, sin porvenir seguro, como no sea el de su probable desfiguración ó ruina. Ese hombre, además, influye con su ejemplo en sus correligionarios y amigos, en sus discípulos si es catadrático, en sus oyentes ó lectores si es orador ó publicista. La sensibilidad estética crece, los goces elevados supeditan á los goces materiales y egoístas, la tacañería del pudiente se rinde á las honestas tentaciones de las bellas líneas, formas, colores, sonidos, ideas, hijos del trabajo inspirado del hombre. Figúraos que no hubiese existido Julio II, León X y cuantos pontífices, reyes y príncipes conocían la importancia civilizadora del Arte, y decidme cuántas estrellas de menos tendríamos en su historia, cuánta dureza de más habría en el corazón de la humanidad. Figúraos por un momento que Castelar no hubiese existido; ó figúraos que sí, que hubiese existido, pero tan analfabeto para el Arte ó con tanta indiferencia para el mismo, como otros que fueron ó son tan influyentes en política y tan doctores como lo fué Castelar. ¡No hubierais saboreado estos brillantes párrafos! ¡Nuestra patria casi es seguro que no tendría la Academia española de Bellas Artes en Roma! Por allí han pasado, robusteciendo sus conocimientos y desarrollando su habilidad técnica, los más eminentes artistas de nuestra patria; allí serán revelados otros en lo porvenir. ¡Nos falta, nos falta un hombre político que quiera crear una ó más instituciones análogas en el extranjero, en ciudades adecuadas para el caso, y destinadas á los cultivadores españoles del arte útil en conjunción con el bello, de las artes decorativas, de las industrias artísticas!

Y aquí termino, dejando sentado que si Castelar hizo mucho por el Arte, el Arte hizo no poco por Castelar; que si él lo hubiese desconocido ó menospreciado, tampoco el Castelar artista tuviera tan brillante estilo, medios tan adecuados para mover el sentimiento y la voluntad de sus amigos y adversarios. Quizá le debió también no pocos consuelos en su vida.

¡Extiendan los artistas puros y los decoradores; los profesores y los discípulos de la enseñanza del Arte; los jornaleros de su producción, de su estética y de su historia; extendamos estas flores de gratitud sobre la tumba del maestro, del protector y del compañero, y hagámosle revivir con frecuencia por las anteriores lecturas!

F. TOMÁS Y ESTRUCH

Junio, de 1899.

# PLACIDIA

I

¡Tras del día cruel, descansa Roma!  
¡Sueño de muerte en el sangriento charco!  
¡Hundidas entre espumas encarnadas  
brillan las joyas que esparció el estrago!  
El hastío del oro y de los besos  
provoca el sueño y adormece el gladio,  
y las huestes brutales de Alarico,  
ébrias de néctar y ¡lacer nefasto,  
descansan sobre el seno de la virgen  
que vigilaba junto al fuego sacro!  
¡Horrible amanecer!... Sueltas las bridas  
de su corcel teutón ó escandinavo,  
desnudos y oxidados los aceros,  
nervosas las gargantas y los brazos,  
tapando el casco la melena inculca,  
con los robustos pechos dilatados  
que palpitan detrás de las escamas  
y lanzan el rugido hasta los labios;  
el pueblo de Nerón, hijo de Remo,  
las vió pasar terribles, caminando  
sobre el tirsó de rosas imperiales  
que el César arrojó con hondo espanto...  
¡Les vió escupir sobre el alivio templo  
y hollar el Capitolio soberano!  
¡Envuelto en llamas el cendal de Vesta!  
¡Deshonradas sus hijas en el barro!  
¡Roto el escudo del terrible Marte!  
¡Llorando Uránia tras el velo casto!  
Ya se columbra el porvenir horrendo  
de la ciudad mujer que afeminaron  
los que envueltos en flores y perfumes  
olvidaban á Lépido y Octavio...  
trocando en cenidores de jazmines  
la corona de sierpes de Espartaco!

II

Las altas gradas del palacio inmenso  
que á pétreo columnata dan descanso,  
sustentan los colosos de granito,  
de capitel corintio coronados.  
Los rojos resplandores del incendio,  
de oro y de sangre les envían rayos,  
y se tiende la sombra de los fustes,  
ocultando á los muertos con su manto.  
Gotea el rojo en los peldaños fríos;  
y ante un montón de cuerpos destrozados,  
sangrientos vestes, y rasgados miembros;  
carnaza humana que entregó el esclavo...  
Una mujer... ¡aparición sublime!  
gallarda y noble, con semblante airado,  
estiendo el brazo que venganza impeira,  
cubierto de zafiros y topacios!  
Robusto el seno, de blanca hermosa,  
brindando amor los encendidos labios;  
el pie de rosa en la sandalia breve,  
formas de Venus que acaricia el manto...  
¡Lanzan sus ojos centellantes luces,  
mirando la ciudad que hierve abajo!  
¡Mi Roma! — grita, — y á los rizos suaves  
lleva con furia la marmórea mano.  
¡Cobardes! — ruge, — y, al mirar el fuego,  
sorbe á torrentes el furioso llanto.  
¿Qué se hicieron las águilas de Augusto?  
¿Qué se hicieron las glorias de Trajano?  
¿Adónde están los hombres de las Galias  
que hollaron el Egipto con sus pasos?  
¡Cobardes! — grita: — Entre placeres toscos  
de impura meretriz y orando á Baco,  
vuestros nervios son sedas que se doblan,  
vuestra sangre son todos congelados!  
¿Quién pudo, Roma, aniquilar tus dioses?  
¿Quién te destruye con su aliento bravo?  
— ¡Yo! — le contestan, desde el fondo obscuro,  
y avanza un joven de floridos años.

III

Cubren las mallas su robusto pecho,  
bermejo bozo sobre el labio pálido,  
casco brillante, y en los ojos tibios  
azules llamas de fulgor extraño.  
— ¿Quién eres, oh mujer? — Pregunta ansioso.  
¡Quién Odín, el genio de mis bárbaros,  
te formó con clavetes de Circeia,  
para que el vencedor te dé sus brazos!  
¡Ves la hermosa ciudad? ¡Pues toda es tuya!  
Honorio huyó, temiendo á mis vasallos,  
mi rey ha muerto, al ver el Capitolio,  
y nadie á mi poder estorba el paso.  
Yo te entrego las joyas. ¡Esos templos  
que sintieron el peso de mi gladio,  
y te doy centenares de patricios,  
de pretores y jueces por esclavos!



GRUPO ESCULTÓRICO, DE EUSEBIO ARNAU.

¡Habla mujer! Que digan esos ojos  
una frase de amor, sólo al pensarlo  
siento que puedo devolverte á Roma,  
para que tú la rompas con tu mano.  
— ¿Quién eres? — Ataulfo. — Ven y escucha,  
prorrumpie la patricia; y, al mirarlo,  
siente nacer en sus entrañas fieras  
la inmensa admiración y el entusiasmo.  
Le conduce entre lámparas que arrojan  
los perfumes de Siria regalados;  
le asienta entre tapices que tegieron  
con pieles de pantera y de leopardo.  
¡Quiero tu amor! — le dice. — Casi niño  
has podido llegar á mi palacio,  
convirtiendo en pavesas y ruinas  
la podrida ciudad de nombre Magno.  
¡Tú mereces mi amor! ¡Eres muy grande!  
Besa, pues, loco mis ardientes labios,  
mientras yo tus cabellos acaricio

que las nieves de Islandia platearon.  
Hunde en mi seno tu grandiosa frente,  
pues merece coronas de alabastro,  
y al gran botín de la vencida Roma,  
une el botín del corazón que guardo!

¡Cayó Placidia, en la tranquila noche,  
del fiero godo en los robustos brazos!  
Y la ciudad dormía con la muerte;  
y las gotas de sangre iban filtrando  
á mojar en las negras catacumbas  
los sepulcros de Papas y de Santos...  
¡Brilló la aurora! El cristianismo eterno  
mostró la cruz en el azul espacio,  
y el Dios de la verdad alzó su trono  
encima de los túmulos paganos!

José M.ª DE LA TORRE